

biente de Sevilla o de otras regiones ibéricas.

Este libro (1) de Juan Mario Magallanes no es un libro criollo más que se suma a la copiosa bandada criollista. Es un gran libro de un gran conocedor del paisaje uruguayo, que siente el campo y sabe pintarlo con sobriedad, y que conoce la psicología del criollo y trasmite al lector la simpatía con que ha penetrado en el laberinto de esas almas humildes.

Porque en la misma sencillez espiritual del labriego estriba la dificultad que muchos de los escritores regionales no logran vencer. Hay un proceso de adaptación, de desdoblamiento, podríamos decir, que no todos son capaces de realizar.

Acaso falte a estos relatos campesinos del prosista uruguayo el nervio central que mueve toda novela, y los contornos apretados del clásico cuento francés. El propio autor, al llamarlos modestamente «evocaciones campesinas» ya nos dice que no pretende que se encajille su obra entre las novelas o los cuentos sudamericanos. Le basta con que sean relatos de su tierra.

Dominio absoluto de la forma, gran conocimiento del idioma; novedad y justeza en los adjetivos y riqueza de imágenes que nos dan la impresión de haber sido afanosamente buscada, hacen de este libro oriental un gran libro americano.

De todos los relatos que forman *La Mariscalá*, *Serenata*, en que revive la época colonial, y *Riña*, que pinta de mano maestra una pelea

de gallos, nos parecen lo mejor entre todo lo bueno del libro.

Si con algún escritor chileno pudiera compararse a Juan Mario Magallanes, sería Federico Gana el elegido por nosotros. Tiene el prosista uruguayo la misma elegancia espiritual de nuestro compatriota, que vivió y sintió hondamente la vida del campo chileno, penetrando el alma criolla, pero escribió sus obras sin dejar nunca de ser el patrón entre sus personajes, aunque no apareciera entre ellos.

Conocíamos a Magallanes como poeta por su libro *La Ruta*, publicado en 1922, y nos sorprende ahora con su magnífica prosa que más de algún novelista fogueado tendrá que envidiarle. Grata sorpresa, por magnífica y por lo bueno que augura.—
P. S.

POESIA.

ROSAS DE CERA, *poemas de Yolanda Reyes*. Quito, 1932.

Recomendamos y no aconsejamos hacer una revisión de este maravilloso herbario. Es lo más ponderado que puede producirse en materia de hipertrofia tropical. Trae «composiciones» dignas de ser bordadas a mano para servir de premios en un colegio de monjas Carmelitas. Sólo podrían ser más dulces que ellas mismas; pero, en todo caso, son veinte ejemplares de elefantiásis romántica. Sus versos, de metro perfecto, han sido inspirados por el agua de Melisa y una luna de

(1) Editorial «La Cruz del Sur». Montevideo, 1931.

vaselina, perfumada con Ambrosía celeste o con L'Origan falsificado. Una ingenuidad tan grande como las pretensiones de este pequeño libro salvaría a su autor.

¡Rosas de cera, rosas de altar, rosas fiambres!

Rosas antropomórficas, ultraterrenas como un misticismo de beatas quiteñas. Olorosas y repulsivas como flores de capilla ardiente. Rosas que no se deshojan; ¡se derriten, se derriten!.—*C. Vattier B.*

RÍO DE JANEIRO, CIUDAD DE HECHICERÍA. Poemas de *Gastón Figueira*.

Diez y ocho libros de poesías tiene ya a su haber este difundido poeta uruguayo. Magna labor para un lírico sudamericano, ya que en estas tierras no suele hallarse la gloria literaria, y rara vez consigue el hombre de letras vivir de su pluma sin descender al periodismo.

Glosas de su vida durante algunos meses en la bella capital del Brasil, adolece este libro (1) de Figueira de ciertas improvisación, que resta elegancia a la forma, y hay algunos motivos demasiados vulgares a los que ni el autor ni nadie podría sacar provecho lírico.

Pero tiene la obra de Figueira poemas tan hermosos como ese *Parque do Poverello* y *Praia de Guanabara* que la falta de espacio nos impide copiar íntegro y que bastan para hacer olvidar el pecado de falta de selección en que ha incurrido el poeta.

(1) Cabaut y Cía. Buenos Aires, 1931.

Todo Río Janeiro, con sus playas, sus alegres ferias populares y sus islas floridas, queda en este bello libro del poeta uruguayo para asombro de los que no conocen las divinas tierras del Brasil.

LÍNEA DEL ALBA, por *Juvenal Ortiz Salarégui*.

Desconcierta un poco el libro de este joven poeta uruguayo, no bien adentrado en la corriente de vanguardia, pero oscuro en ocasiones como un vanguardista contumaz.

En los *Poemas de la Noche*, y signado con el N.º VI, viene el que aquí copiamos:

Estoy con la frente para atrás.
Me filtro
y cae el llanto de tus ojos al cielo.
Estiro mi corazón y no te alcanzo.
Tú bajas tu oración,
mástil del cielo.

O estamos muy atrasados en achaques líricos, o este autor uruguayo está muy adelantado para la época.

Estiro mi corazón y no te alcanzo es, en realidad una expresión novedosa, pero es lo único que hay en las líneas precitadas, y una línea no puede salvar la falta de sentido del poema. Tal vez otros aprecien esa belleza que a nosotros se nos escapa.

No es este comentario negación a una manera poética hoy bien en boga; sólo hemos querido señalar a los lectores de *Atenea* un botón de vanguardia, para que lo sabo-